

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 19
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, MAYO 13 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS



LA PARTIDA PARA LA GUERRA.

EL EXTERIOR

Revistas políticas y literarias

- 1.—Rudyard Kipling y el ejército inglés.
- 2.—Francisco José en Berlín; la Triple Alianza.
- 3.—Las elecciones en París.

1.—Kipling, el admirable novelista de la vida inglesa en la India, el duro y mediano poeta de la airada venganza de Inglaterra contra los bóeros, acaba de desembarcar en el Cabo; piensa, sin duda, asistir al sitio de Pretoria; va á ser el Homero de la Iliada transvalense. Cierta, nadie como él ha extraído una clara y luminosa vena de poesía del lodo moral, de la vida baja y furiosamente bestial y prosaica del soldado inglés en la India, machacando cráneos de afghanes en las montañas en tiempo de guerra ó pasando los largos meses del calor en las cavernas acostados, fumando, bebiendo, horriblemente ebrios de fatiga, de sudor, de fastidio infinito. . . . Estos son los momentos que los ingleses han conocido en la espantosa temperatura cálida de Septiembre á Enero en el Natal y á orillas del Moder y del Orange: no había más que una diferencia, pero extraordinaria: no había fastidio posible; los ataques á los "Kopjes" fulminados por el sol y por los "Maussers" de los boers, suprimían el tédio.

Estos blondos britanos ó irlandeses, á pesar de la patria negra que el sol deposita sobre su cútis lácteo en los paralelos indios, se vuelven literalmente locos con el calor y Kipling cita algunos casos horribles de enagenación homicida, no seguidos del manicomio como debía ser, sino de la horca, porque al soldado inglés delincuente no se le fusila, se le cuelga.

Quiero contar, siguiendo á un reproductor de Rudyard Kipling, un curioso episodio de la vida del oficial inglés en la India que revela el odio ingénito por los rusos.



Era Dirkovitch un oficial de cosacos que había dejado su compañía, su "stonia" en Mers probablemente y llegaba muy bien recomendado y con muy buen equipaje, entorchados y condecoraciones á una pequeña ciudad fronterera en que estaba de guarnición el regimiento de los "húsares blancos." Este cosaco podía ser un espía, pero era de seguro un sér superior; he aquí la prueba: había sido imposible al regimiento irlandés del "Black Tyrone" emborracharlo con whisky y miel, aguardiente caliente y otros menjurges, mezcla suprema con que el regimiento negro compone sus refrescos.

Los húsares pusieron á disposición del ruso su champagne de marca especial, su "porto" extraordinario y un aguardiente célebre comprado por uno de los coroneles del regimiento, poco después de Waterloo. El cosaco bebió furiosamente y permaneció impávido hablando de sus "gloriosos" camaradas y hermanos los húsares y del gran porvenir reservado á los esfuerzos combinados de Inglaterra y Rusia en Asia. Y aquí una reflexión de Kipling; "el Asia, no será civilizada según los métodos occidentales; es demasiado vasta, demasiado vieja, se ha entregado esta beldad antigua á demasiados conquistadores cuyas huellas conserva, para poder gustar nunca las delicias de la escuela dominical y para enseñarse á votar, á no ser que las cédulas electorales sean hojas de sable."

Muy bien dicho, y aquí otra reflexión del infrascrito: si algún pueblo puede hallar la forma en que la civilización occidental, puramente externa hoy en Asia, llegue á ser interna en el pueblo ruso, por la sencilla razón de que es casi un pueblo asiático europeizado (¿qué decís del vocablo?) Todos sabemos que geográficamente Europa no es más que la punta occidental del Asia; que la civilización europea no es, probablemente, otra cosa que la cultura del Asia prehistórica acomodándose al medio europeo y yo no veo por qué. . . .

Pero volvamos al caballero Dirkovitch; estamos en el salón del "mess" de los húsares, decorado de magníficas vajillas de plata, de banderas desgarradas,

cargada la mesa de rosas y candelabros y colgados en las paredes, tapizadas de gloriosos trofeos de caza, los retratos de los oficiales muertos. Era un regimiento tranquilo aquel. Para combatir el "spleen" colectivo se entregaba al "polo" y en este juego acababa de vencer á un regimiento indígena de caballería, los "luxhkar" famoso hasta entonces, por su habilidad en este "sport."

Gran banquete aquel; concurriría á los postres el jefe del cuerpo derrotado; los servidores indígenas, vestidos de muselina blanca estaban de pié detrás de las sillas de sus amos, vestidos de oro y escarlata á pesar de ser húsares blancos. Derrepente cesó la música, las espuelas chocaron, todos se pusieron de pié y resonó el primer "toast": "que Dios bendiga á la reina." Aquello era algo así como el "sacramento" del "mess." Entró con su espléndido turbante azul el príncipe jefe de los vencidos al polo, y presentó su sable por el puño al coronel en señal de que se confesaba vencido; hizo algunas fieras alusiones al peligroso ruso, que Dirkovitch no oyó absorto en su aguardiente.

Luego un incidente: los soldados introducen á uno que andaba rondando, algún ladrón de carabinas, sin duda. No, era un blanco, hablaba una especie de inglés y al ver á Dirkovitch tiembla; Dirkovitch, despierta de su borrachera, ve á aquel hombre, cuyo cuello conserva las horribles cicatrices del "Knut," el látigo histórico de los rusos, lo interroga y resulta. . . . que era un húsar blanco, hecho prisionero y que no había sido canjeado, y al cabo de muchos años había logrado evadirse. Estupefactos los húsares, buscan las listas del regimiento y encuentran el nombre de aquel infeliz, que ya casi no tenía conciencia de sí mismo. . . .

Dirkovitch pretende explicar: fué sin duda un accidente. . . . Por lo demás, añade, el Tsar me importa un comino. . . . Pero el Eslavo, en el Eslavo, en ese sí hay que creer. Somos setenta millones de personas que nada hemos hecho todavía. . . . Y golpeando la mesa "oidlo bien, pueblos viejos, oidlo, nada hemos realizado, tenemos que hacer mucho, todo, y lo haremos." Y mostrando al evadido, "ved, añadió, fué un accidente, nadie se acuerda de él y miradlo ahora: ved lo que es. Así vosotros, mis hermanos de armas tan soberbios, tan fuertes. . . . Pero vosotros no volveréis nunca. . . . Setenta millones. . . . Desapareced, pueblos viejos." Y se cayó dormido, ebrio. . . . Partió al día siguiente. En el estribo del wagón decía á los oficiales de húsares: —Hasta luego, amigos, volveré. —Cuando gustéis, contestaron todos, en francés, "charmés de vous revoir." —¿Volverán á verse? Sí.



2.—Espléndidas fiestas, de un carácter militar y acompasado, pero grandioso, han sido las de Berlín, dedicadas al mismo tiempo al joven heredero de la corona imperial, que entra en su mayoría de edad, y cuya educación en conjunto ha sido personalmente dirigida por Guillermo II (que es un verdadero pedagogo) y al viejo emperador de Austria-Hungría. Lo que ha rodeado estas fiestas eminentemente reglamentadas y mecánicas, de una atmósfera profundamente vivaz y popular, no sólo ha sido el primer tibio sol de primavera que acariciaba los renuevos de los tilos en "unter den linden," sino la profunda simpatía de que en toda Alemania goza Francisco José, el viejo atrida que ha atravesado el complicado drama político de su tiempo, llevando en derredor de su cabeza, cana antes de la ancianidad, un resplandor lígubre como el de los héroes de las tragedias esquilianas.

Hablan los cablegramas de su serenidad, de su buen humor, de su alegría durante su visita á Berlín; está bien; ya podemos figurarnos lo que es eso. Cuando una vida está marcada por horas de angustia, como las que subraya de negro la de Francisco José, la alegría y el buen humor que el temperamento elabora naturalmente, no son sino contrastes crueles con el estado interior. Los grandessufrimientos son anclas de fierro que caen desde nuestro barco al fondo del mar y agarran en una roca de dolor inmovible; pueden el carácter y el tiempo alargar la cadena y permitir al barco avanzar y desplegar velas y flámulas; repentinamente la cadena tira, el ancla llama y el alma se siente la cautiva eterna de las tristezas incurables.

¿Cuál es la significación política de este viaje en

que los Ministros Goluchowski y Hodhedilohehan estado al habla constantemente? Yo no sé; si mis lectores saben algo, que me hagan favor de decírmelo. Desde luego, es una demostración no sólo al emperador, sino al imperio. Se ha dicho tanto, que á la muerte de Francisco José, el imperio se desmembraría y que los polacos de Galitzia se unirían á los de la Polonia rusa (ya iban) y los demás eslavos formarían un reino aparte frente á frente de Hungría, y los alemanes del archiducado de Austria se anexarían al imperio de Hohenzollern, que era bueno hacer esta manifestación de respeto al imperio tal como es, libre hasta donde las necesidades de la "triplice" lo permitan, y acaso en vía de crecimiento. Claro que es un milagro de equilibrio este dualismo austro-húngaro, pero estos complicadísimos mecanismos de reloj marcan bien las horas por siglos enteros, cuando las complicaciones á que daría lugar su disgregación, resultarían cien veces peores que las que constituyen su modo de ser actual.



Decíamos en vía de crecimiento; se habla, en efecto, de ciertos proyectos para dar al imperio una fracción mayor de las costas del Adriático, la Albania, por ejemplo, de los límites con Montenegro hasta Epiro; el puerto de Durazzo sería lo importante de esta adquisición, que no ha de ser cierta, porque lo rusos no consentirían en que quedase así encerrado el Montenegro por los austriacos pero que con su sólo anuncio ha puesto de mal humor á los italianos que se ven cogidos entre dos fuegos, Bizerta y Durazzo. La verdad es que los italianos no están contentos con su parte en la triple alianza; un periódico que siempre le ha sido hostil, "il Messaggero," decía hace poco: "En el punto en que están las cosas y en vista del lenguaje bien claro de la prensa alemana, Italia conoce ya el porvenir que le está reservado desde Enero de 1904, cuando haya concluído la vigencia de los tratados (de comercio entre Italia, Alemania, Austria y Suiza). Es evidente que ya para entonces, Italia se encontrará en plena guerra mercantil con sus dos aliados. ¿Para qué nos ha servido hasta hoy la triple alianza? Tras tantos sacrificios nos vemos reducidos al papel del limón, que cuando ha sido exprimido, sólo sirve para tirarlo" y luego añade que "ha llegado el tiempo de pensar seriamente en una alianza con Francia y España, cuyos intereses son comunes. "Esta alianza, dice, no sólo sería política, sino poderosamente económica. Una liga aduanal latina desconcertaría completamente al enemigo. Fuera del interés de raza que debería unir á las tres hermanas latinas para ponerlas en estado de luchar por su conservación."

Mas no sólo este periódico, sino los que como "La Tribuna," han sido devotísimos de la alianza alemana, se llaman á decepción y engaño. ¿Por qué el Rey Humberto brilla por su ausencia en Berlín? ¿Por qué si Italia ha ido á Viena, Austria-Hungría no ha venido "moralmente siquiera" á Roma? exclama "La Tribuna," y estas exclamaciones le han ocasionado fuertes reprimendas de los periódicos austriacos. ¿Qué importa, contesta el gran diario romano, que Italia progrese, que la conciencia nacional llegue á su plenitud y nada nos importará un "congreso" más ó menos? Una "entrevista" quiso decir.

La verdad es que la cuestión económica y la hostilidad irreductible entre austriacos é italianos hace de la triple alianza una entidad absolutamente facticia destinada á desaparecer.



3.—Lo que acaba de pasar en París es grave; no sólo pone en peligro, lo que es lamentable, la obra singularmente atrevida, temeraria por decirse, de M. Waldech-Rousseau, á quien antes de mucho se hará justicia, sino las instituciones mismas de Francia. Una coalición de los elementos revolucionarios (nacionalistas, anarquistas y reaccionarios) ha triunfado, si el cable no nos engaña, sobre el partido republicano. "Nacionalismo" es el nombre con que se disfraza "el imperialismo;" cuántos no tienen fe en las instituciones civiles, cuántos creen que una nación no es nación, si el ejército no gobierna por medio de un generalismo con el nombre de emperador, dictador, cónsul, ¿qué se yo? En fin, una bota.

Cierto, el ejército es una gran institución nacional en Francia, es una forma de la nación mis-

ma; su más austera y más noble forma, porque la anima la conciencia rígida del deber; pero es lo que llamaríamos, si fuésemos comtistas, una institución "estática," una institución de conservación de inmovilidad de orden, en suma. Cuando un ejército gobierna un país, todas las energías se concentran en la obediencia, en la disciplina, todo el esfuerzo se dirige hacia la guerra, hacia la destrucción; esto es inevitable; el imperio nunca es la paz; dígalo la historia del gran iluso que proclamó hace medio siglo, lo contrario para ir de Crimea á Italia, de Italia á México y de México al Desastre.

El elemento civil es forzosamente el elemento del trabajo, de la actividad, del progreso, porque necesita de la libertad para vivir, para moverse, para andar, para llegar y reemprender el camino; el elemento "dinámico," dirían los comtistas, es el progreso. Eueno, pero ambos son necesarios, constituyen juntos el equilibrio que, cuando es perfecto, resulta en su plena expansión de fuerza intelectual, moral y física, un país normal.

No hay duda, Francia no es esto; dado el temperamento del gran pueblo y su espíritu constituido por las reliquias vivas de cincuenta generaciones de guerreros, el servicio obligatorio y la perpetua acción de los escritores que exaltan con un patriotismo más entusiasta acaso que perspicaz las indiscutidas glorias de la Francia militar, y mantienen en el pueblo una especie de ebullición perenne, un descontento infatigable de toda marcha regular, una esperanza incorregible en los salvadores y los mesías.

Hay motivo para pasmarse leyendo los programas de éste que se intitula el gran partido nacional. M. Pablo Derolede es el campeón número uno del cesarismo sin César "no soy cesarista, dice, porque no veo un César."—¡Bah! lo más fácil es fabricarlo; la máquina de que se promete dicho M. Pablo, la salvación de Francia (salvarla de qué?) es el "Plebiscito" como quien dice, la moneda falsa del sufragio universal, la democracia no concentrada en oro, sino disuelta en centavos. Y al Plebiscito le pide la elección de un presidente, y el

voto de unas cuantas reformas en la constitución no todas insensatas, por casualidad, pero que muy bien pudiera hacerse sin necesidad del "deus ex machina" que Don Pablo llama la Revolución. ¿Y la revolución para qué? ¿Pues acaso no puede reformarse la constitución de otro modo que enarbolando una gran bandera en el centro de un ejército pronunciado.

Hay que esperar que la gran campanada que acaba de resonar en París, llame al deber á todos los republicanos y los agrupe estrechamente en derredor de la bandera de la ley, que es la de la Patria. Nos vedaríamos, si estuviéramos en Francia, de tomar parte en estos conflictos interiores, ¿qué tenemos qué hacer en casa ajena? Pero desde aquí, cuanto decimos sólo puede tener un carácter abstracto, por expresarnos así; viene, erróneamente quizás, viene del amor por la libertad y la justicia.

Justo Sierra

Correspondencia de nuestro representante en París.

La nueva Cordillera de los Andes.—La Ciudad-Luz convertida en Ciudad-escombros.—El bombardeo.—Las grandezas del Caos.

París no envejece, ni retrograda, ni se afea; como Diana de Poitiers conserva en la edad senil los frescos encantos de la juventud. Tal parece que el Sena lleva en su corriente aguas del Leteo y aguas de Juvencio que todo lo hacen olvidar y todo lo rejuvenecen.

Desconfiaba terriblemente de esta segunda visita á la gran metrópoli; me temía que, menos deslumbrado y más sereno, más viejo y más reflexivo, una segunda impresión viniera á borrar la primera; que un análisis más imparcial me hiciera ver París menos grande y menos bello, y que, relativamente al menos, mi segundo viaje fuera un desengaño. Hay, en efecto, dos clases de belleza, la de la impresión y la del análisis; la que asalta por sorpresa y la que pone sitio en regla; la que emana de la sensación y la que se impone por la convicción; la del telón de fondo y del diorama y la del cuadro de maestro; y me temía que la de París fuera del primer género, que hubiera preparado una celada á mi admiración y dado un "albazo" á mi sentido crítico. Mi primer viaje fué una luna de miel, todo sorpresas y encantos, y bien pudiera transformarse en una desilusión.

Lejos de eso, si grande y bello lo encontré hace diez años, más grande y más bello es y me parece hoy. Por lo pronto tiene una grandeza extraña y semisalvaje. El, tan cuco, tan acicalado, tan prendido de veinticinco alfileres, está hoy enmañado, desfajado, empolvado y sucio.

No es la coqueta dada de cold cream y de polvo, rizada con caña, "chapeada" de color, con lunares al "nitrato," entallada como una mano enguantada, bisbirinda y peripuesta, sino la ama de casa, la obrera desceñida y destrozada, que trabaja, trajina y prepara su casa, bruñendo aquí, barriendo allá, sacudiendo todo, colocando todo en orden, para dar una gran fiesta, ó que remueve útiles y materiales para dar cima á un gran trabajo.

El París de las calles barridas y regadas está hoy polvoroso y enfangado; el París de las calzadas á nivel, es hoy todo barrancos y zanjones; en todas las calles hay montones de escombros, montañas de residuos, tramos desadoquinados en reparación; fosos en vía de colmarse. Donde el "Metropolitano" no ha abierto tajos que parecen barrancos ó perforado túneles como cavernas; el "Eléctrico"

ha levantado terraplenes como trincheras y estaciones como fortalezas; lo que los tranvías no desempiedran lo demuelen las nuevas avenidas, y al lado de las ruinas de lo antiguo se alzan los murrallones de lo moderno. Los andamiages encubren y enmascaran los monumentos; las cercas y barreras cortan, como trochas, el paso; el cable eléctrico como culebra interminable se iza en postes, se suspende de ganchos, trepa por los muros, se enrolla en las torres y columnas, mina los cimientos, penetra furtivamente en los subterráneos.

Por las calles "circulan," si así puede decirse, pesadas y pintorescas carromatos, tirados por ocho y diez caballos en fila; el que no lleva pesadas viguetas de hierro, carga monolitos gigantes, y el que no acarrea fragmentos de cúpula ó trozos de columna, transporta miembros y torsos de estatua ó "lotes" de friso decorativo; los hay que son museos y los hay que son selvas ambulantes.

Al lado de barrios nuevos, flotantes, hechos de una pieza y recién salidos de las manos del arquitecto, se ven circunscripciones devastadas, derruidas como por la acción de un terremoto.

Nada se parece tanto á la destrucción como la construcción. Un monumento á medio levantar, un edificio á medio construir, parecen ruinas, y todo lo que hoy París levanta parece que se está "viniendo abajo."

Del lado de la Exposición, el aspecto es de verdadera devastación. El piso está surcado como por rodadas de baterías; las estatuas á medio armar aparecen como mutiladas por proyectiles; hay brechas en todas las empalizadas como después de un asalto; una granizada de bombas se ha abatido sobre las bóvedas agujereadas y los techos perforados; los armazones de palacios y pabellones, de hierro negro ó dados de alquitrán preservador, parecen lamidos por el fuego del incendio y ennegrecidos por el humo de los disparos.

De noche, fogatas, á cuyo rededor se agrupan sombras; fanales que hacen señales eléctricas; centinelas que pasean junto á los portillos; zapadores que remueven tierra; obreros que reparan cercas; terraceros que cavan fosos y levantan terraplenes; golpear de martillos y rodar de carros; silvatos de locomotoras que fingen llamadas de clarines; carros de ambulancia y secciones de la Cruz Roja;

puestos de socorro y puestos de bomberos dan á aquello la apariencia de un campamento recién asaltado; de una plaza fuerte recién bombardeada. Es campo de trabajo y aparece campo de batalla, en el que flotan banderas y pabellones. De este caos ha de salir un mundo, y de ese hacinamiento informe han de surgir la armonía y la grandeza, y así como por la importancia de las ruinas se mide la magnificencia de los viejos monumentos; de lo vasto, lo agreste y lo monstruoso de este bosquejo se infiere la grandeza y la hermosura de lo que será la futura é incomparable Exposición.

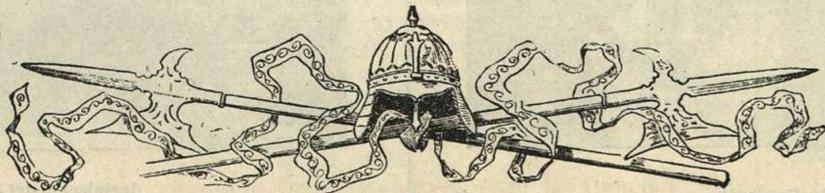
Ante la enormidad del esfuerzo impendido, ante las colosales proporciones de la obra realizada, el espectador queda atónito y mudo. Este último balance del siglo da la medida de su grandeza y ofrece un activo colosal, á cuya acumulación han contribuido la ciencia, que es luz; el trabajo que es fuerza; la economía, que es previsión y cálculo; el crédito que es disponibilidad actual del futuro y la voluntad humana creadora y la inteligencia redentora.

El siglo XIX deja en París un inventario colosal de sus conquistas y de sus progresos, fruto de sus luchas y de sus dolores, y al estudiarlo en sus pormenores, se adquiere la convicción de que el nuestro es el siglo más grande de la historia...

¿De dónde ha salido tanta maravilla; que germen ha incubado tanta grandeza; en qué nido ha nacido y se ha robustecido esa águila caudal? Ya veremos que ese prodigio ha nacido entre las hojas de los libros en que se guarda el saber y en las medias de lana en que se acumula el capital.

Y será curioso estudiar, como lo haremos, de cuánta pequeñez, de cuanta miseria, de cuánto ridículo y de cuanta privación está hecha esa grandeza. Será lección provechosa y útil, y acaso así aprendamos cómo se engrandecen los pueblos y cómo se abren paso los hombres á través de los obstáculos que la Naturaleza y la Historia les oponen al paso.

J. M. Torres





Los Señores Felipe y Miguel Iturbe, montando respectivamente sus caballos "Snowstorm" y "Chula."

Fot. Schlattman Hnos.

LAS CARRERAS DE PERALVILLO.

De manera lenta, pero segura, se han venido implantando entre nosotros las costumbres de los europeos, las que tienen las clases más refinadas de las grandes capitales, como París, Berlín y Londres. Hace algunos años eran desconocidas entre nosotros las carreras de caballos, tal como se conocen ahora; las pistas se improvisaban en un momento dado, y sobre ellas corrían los caballos sin reglas, sin las condiciones que norman esa división peculiarísima de los civilizados, cualesquiera que fuesen su peso, su edad y su talla.

El Jockey Club de esta capital trajo á México la diversión de las carreras, que por mucho tiempo permaneció como exótica; fundó su hipódromo, y llamó á los afectos al "sport;" se formaron entonces caballerizas y se importaron caballos de gran valor, descendientes de algunos que habían corrido con éxito en las pistas de Londres, París y Oakland; vinieron los jockies y tuvimos ocasión de admirar la potencia que tienen los animales más queridos del hombre y de saber que corren como el viento, estimulados más que por el azote de los ginetes, por la sangre pura que circula en sus ve-

nas, y que los impulsa á correr, siempre á correr.

Más tarde se fundó el hipódromo de la Indianilla, del señor Coronel Pate, y en él vimos correr animales también "pur sang;" capitalistas de esta ciudad cobraron empeño por tener en sus caballerizas caballos excelentes y lo consiguieron. Ha sido, pues, cuestión de tiempo, aclimatar entre nosotros el "sport" más afamado de Europa, y nuestro público posee ahora conocimientos sobre la materia.

Pasaron las carreras de la temporada de Primavera, las que organizó el Jockey Club de la ciudad de México; puede decirse que han sido las mejores que ha habido en la pista de Peralvillo. Cuando apareció en la pista "Snowstorm," propiedad del joven Don Felipe Iturbe, todos los sportman predijeron que ganaría la apuesta, como sucedió; el animal midió sus fuerzas con las de otros que se conocían bien entre los ponies; en su primera carrera sacó una gran ventaja á sus competidores y afianzó la fama de que venía precedida. Pudo el señor Iturbe saborear de antemano los gozes del triunfo, porque sabía que el animal que corrió personalmente es de facultades. En el domingo siguiente, segundo y último de la temporada, salió á la arena la yegua "Chula," propiedad del joven

Miguel Iturbe. La apostura del noble bruto dió á conocer desde luego sus facultades de excelente corredora, pudiendo figurar más que en las "Pony races," en las de caballos grandes. De un color obscuro, se divisaba perfectamente á través de la distancia que mediaba entre las tribunas y la línea de arranque; cuando el juez de partida dió la señal, todos vimos que "Chula" quedaba muy atrás de los demás ponies, que también fueron montados por sus respectivos dueños. Algunos llegaron á desconfiar de que el señor Iturbe, Don Miguel, no pudiera competir con sus contrarios; pero á los veinticinco metros, "Chula" recuperó el terreno perdido y empezó á aventajar á los demás caballos; los ginetes que montaban éstos hicieron esfuerzos desesperados por caminar siempre adelante, pero no llegaron á conseguirlo, pues que "Chula" los dejó muy atrás, llevándose el premio principal, en medio de los aplausos nutridos de los millares de espectadores.

El grabado adjunto, que hemos tomado de una excelente fotografía de Schlattman Hermanos, representa á los jóvenes Felipe y Miguel Iturbe montando respectivamente á sus caballos "Snowstorm" y "Chula."



Entrada á la Exposición de Coyoacán.



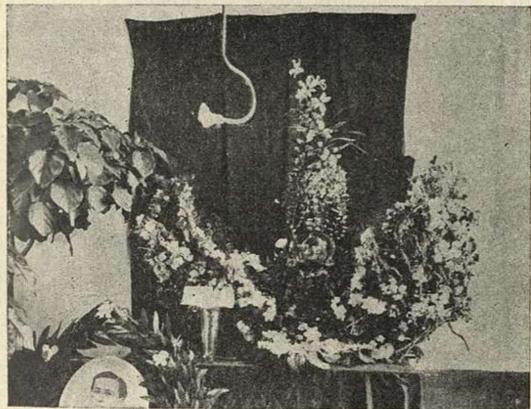
Instalación del Jardín Botánico, de Tacubaya.

LA EXPOSICION DE FLORES EN COYOACAN

Se acaba de clausurar la Exposición de Flores, Pájaros y Peces que organizaron los miembros de la Sociedad Anónima de Concursos de Coyoacán. Fué la quinta de la serie y la más bella, porque en ella se expusieron los ejemplares más ricos de nuestra flora, de la que ha perdurado tantos siglos y de la que hemos logrado aclimatar en nuestros jardines del Valle.

El vasto local de las Exposiciones, en Coyoacán, desaparecía cubierto por millares de tiestos con plantas en flor. Los indígenas de Coyoacán, San Angel y Xochimilco trocaron la soledad del edificio en vergel perfumado formando "parterres" y jardines, búcaros y figurillas artísticas y multicolores, que embalsamaban el ambiente.

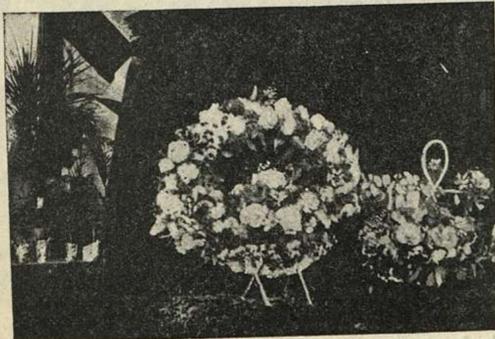
En el primer salón, el que está á la entrada del edificio, se colocaron las figuras de adorno; en el patio principal se veían las grandes instalaciones de los floricultores, en lotes perfectamente separados y ordenados. En el segundo patio fueron colocadas las cajas en que se exhibieron las aves de corral y las palomas-correos. Vamos á tratar de dar ligera idea de las variadas instalaciones florales, en el orden en que fueron premiados sus propietarios respectivos.



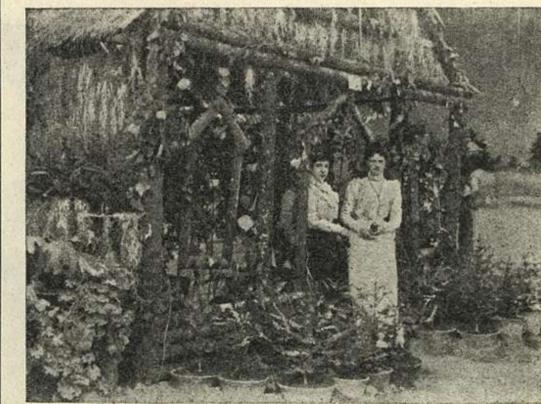
Instalación del Sr. Lauro Ariscorreta.

Al señor J. A. McDowel, propietario del Jardín Botánico de Tacubaya, se le concedió el gran premio, por su preciosa colección de cactus, araucarias, palmas, orquídeas y otras plantas muy finas, las cuales aparecían en seis grandes lotes perfectamente distribuidos y formados de artística manera. Es esta la primera vez que expone el señor McDowel sus productos, que ha venido reuniendo hace más de diez años en la ciudad de Tacubaya. Cuantas personas visitaron la Exposición, quedaron satisfechas de la hermosura de la instalación, que fué, sin disputa, la primera por su riqueza y esplendor.

Un primer premio fué otorgado al floricultor José Montes de Oca, de Coyoacán, quien expuso una gran colección de plantas de ornato en un lote que llamó la atención de los aficionados á la floricultura.



Piezas artísticas florales.



Kiosko rústico levantado á un lado del salón principal.

han sido estudiadas veintidós especies; raíces medicinales conservadas en formol, lo mismo que varias drogas.

El señor Profesor Don Luis Murillo remitió de Jalapa una colección de insecticidas y tierras de abono, habiendo obtenido un primer premio.

Pocos, muy pocos peces de ornato fueron los que figuraron en el Certamen; los únicos que pudo ver el público, vinieron de Lerma, mandados por el señor Cházari, que obtuvo un primer premio. Por más esfuerzos que han hecho los miembros de la Sociedad de Concursos para que figuren peces de ornato en las Exposiciones, poco se ha logrado hasta la fecha.

Lo que llamó poderosamente la atención de cuantos visitantes ocurrieron á la Exposición, fué



Acto de la distribución de premios, presidido por la Sra. Luz A. de González Cosío.

La Escuela Nacional de Agricultura obtuvo también un primer premio por la exhibición de abonos químicos, tierras propias para el cultivo de plantas exóticas, plantas de ornato y medicinales, instrumentos de hortaliza y aguas insecticidas. El lote de este establecimiento fué uno de los mejor dispuestos por su adorno especial, que resaltó entre los demás.

Al señor Balme, floricultor de esta capital, se le concedió también un primer premio por su variada y hermosa colección de plantas de ornato y útiles de jardinería exhibidas en un lote bien dispuesto y acondicionado, que permitió apreciar la bondad de las plantas raras cultivadas en el Valle de México.

El señor Jesús Nájera, vecino de Coyoacán, expuso una colección de bugambilias é inertos. Vidal Nájera expuso varias plantas de ornato, lo mismo que Andrés Ramírez y Martín y Angel Montes de Oca, quienes obtuvieron premios.

En aves de corral fué el señor Ingeniero José G. de la Lama, quien obtuvo el gran premio, por su lote de gallinas de las mejores razas, habiendo figurado solamente unas cuarenta y cuatro, muchas de las cuales no son conocidas en esta capital. Animales hay, de los que exhibió el señor de la Lama, que importan una considerable cantidad de dinero, por su belleza y otras cualidades.

El Instituto Médico Nacional, envió al Concurso una colección de cactus medicinales, de los cuales

la bellísima é importante colección de palomas correos, que exhibió el niño Alfonso Icaza, de esta capital. En las cajas de madera figuraron solamente treinta especies de las sesenta y siete que posee el niño Icaza. Entre estas descuellan una pareja de palomas colipavos y otra de capuchinas, que obtuvieron el primer premio, cada una, en la Exposición habida hace poco en el Palacio de Cristal de Londres. Hay también unas palomas llamadas volteadoras, las cuales tienen la particularidad de elevarse en línea recta por los aires, y al llegar á cierta altura, descender como una flecha hasta llegar al suelo. Otras hay que tienen ojos de fresa, y con este nombre se les señala, por la semejanza que tiene el órgano visual con las fresas. En la misma colección se admiran unas palomas de colores tornasolados, que hinchan el buche de manera prodigiosa hasta el extremo de parecerles dobles en tamaño. Entre los ejemplares expuestos, hay palomas

que costaron fuertes cantidades, y en sus razas se pueden conocer las inglesas, las belgas, las africanas, las romanas y las de la India Oriental. Puede asegurarse que es la primera exhibición de este género que se ve en México.

El día de los premios, acto que se dignó presidir la señora Luz Acosta de González Cosío, ocurrieron centenares de visitantes de las mejores familias de esta capital y de sus alrededores. El cuadro que aparece en uno de los fotogramas adjuntos, muestra á la expresada señora y á las seño-

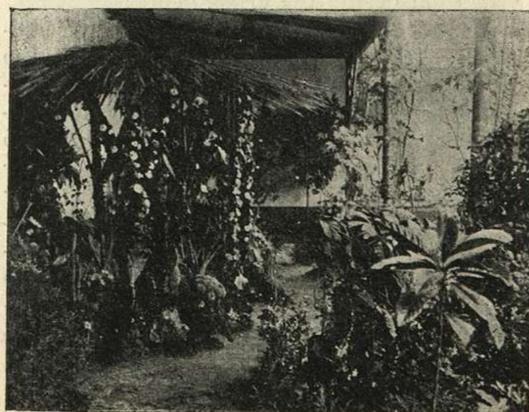


Frente del cenador rústico y grupo de Cacteos.

ritas de la "Sociedad Mexicana para el cultivo de las Ciencias," lo mismo que á los distinguidos caballeros que se encontraban á los lados.

En otros de los fotogramas aparecen distintos lotes florales, tanto de los que fueron exhibidos durante el último domingo, como los que ya existían desde el día de la clausura. En un kiosco rústico, á la entrada, se destacan las figuras de dos señoritas, una de ellas la hija del señor Don Javier Torres Adalid, la otra perteneciente á una de las mejores familias de Coyoacán.

Repetimos, la quinta Exposición de Flores, Pájaros y Peces, clausurada el domingo último, ha sido la mejor de cuantas ha habido en esa localidad. Los premios estuvieron á la altura de las exhibiciones.



Cenador rústico de los floricultores de Coyoacán.

El aniversario de la batalla del 5 de Mayo.

Su celebración en México.

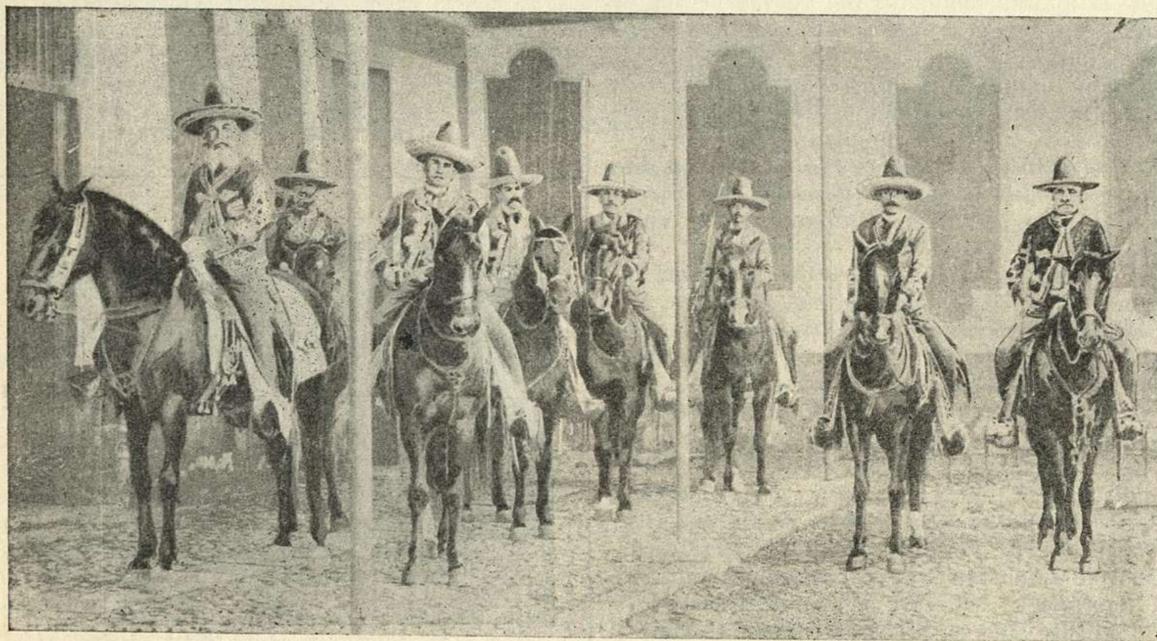
En nuestro número anterior tuvimos oportunidad de dar á conocer á nuestros lectores los retratos auténticos de muchos de los personajes que tomaron parte activa en los episodios de la época citada, que fué una de las más luctuosas para el país. Nuestras ilustraciones de hoy, darán á nuestros abonados una ligera idea de la forma en que se celebró en México el triunfo por medio de las armas, que tan justamente enorgullece á nuestro ejército y que constituye por sí sólo una de las más gloriosas páginas de nuestra Historia Patria.

El programa que en muchos años anteriores había sido el mismo, con ligeras variaciones, en este año sufrió un cambio absoluto, teniéndose, tal vez, en cuenta que nuestra población ha aumentado considerablemente y que ese aumento se hace todavía más sensible durante las grandes fiestas, debido al sin número de viajeros que aprovechando las multiplicadas vías de comunicación visitan nuestra metrópoli.

Las principales avenidas por las cuales se verificaba el desfile de las tropas resultaban insuficientes para contener tal número de espectadores, y por otra parte, no se podía apreciar, sino en un campo abierto, el conjunto que ofrece un



El Señor Presidente á su paso por la Reforma.



Sr. Gral. Francisco Ramírez y otros jefes de rurales.

Pérez y Modesto R. Martínez. Séptimo carruaje, con los señores Magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Moreno Cora, Francisco Martínez de Arredondo y Méndez y el Fiscal Licenciado Macedonio Gómez. Octavo carruaje, Magistrados del Tribunal Superior Militar, Generales de Brigada Jesús Alonso Flores, Francisco O. Arce y Gregorio Ruiz. Noveno carruaje, Senadores Apolinar Castillo, Dr. Ramos, Licenciado Alfonso Lancaster Jones y Licenciado Vidal de Castañeda y Nájera. Décimo carruaje. El orador General Dr. Alberto M. Escobar y el popular poeta Don Juan de Dios Peza. Undécimo carruaje. Generales de División Mariano Escobedo, Luis Pérez Figueroa é Ignacio M. Escudero, y el Señor Comodoro de la Armada Nacional, Angel Ortiz Monasterio. Duodécimo carruaje, señores Ministros de Justicia, de Comunicaciones y de Fomento, y Oficial Mayor de Relaciones.

En el último carruaje iban el Primer Magistrado de la República, con gran uniforme y ostentando en el pecho sus más honrosas condecoraciones, y en compañía suya, los señores Mi-

cuero de Ejército movilizándose con sujeción estricta á las leyes tácticas.

Por esto se escogió para la celebración del importante acto el extenso campo de Anzures, inmediato á Chapultepec, que desde las primeras horas de la mañana se vió invadido por multitud de personas, pertenecientes á todas las clases sociales.

A las nueve salió del Palacio Nacional la comitiva que debía acompañar al Primer Magistrado al Panteón de San Fernando.

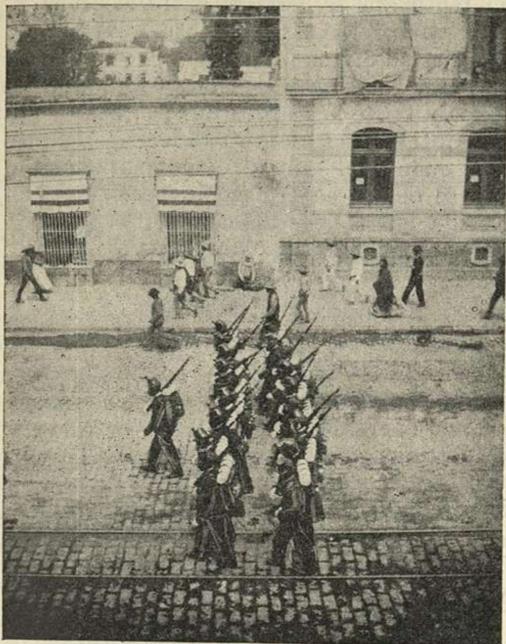
Desfiló por el frente del Portal de Mercaderes, calles de Plateros y San Francisco, Avenida Juárez, calle de Rosales y primera de Guerrero, hasta llegar frente al antiguo cementerio.

El orden del desfile fué el siguiente:

Descubierta de Gendarmes del Ejército, Primer carruaje, con los regidores D. José Ignacio Ieaza, Licenciado Luis G. Tornel, Licenciado Ignacio L. de la Barra y Escalante. Segundo carruaje con los Regidores Ingeniero Jesús Galindo y Villa y Licenciado Ernesto Chavero. Tercer carruaje, con los Regidores Pérez Gálvez, Riva y Cervantes y Licenciado Agustín M. Lazo. Cuarto carruaje, con los Regidores Juan José Ramírez de Arellano, Trueba, Díaz Lombardo y Pedro Ordóñez. Quinto carruaje, con los señores Gobernador del Distrito y su Secretario el Licenciado Angel M. Zimbrón, el Presidente del ayuntamiento, Don Guillermo de Landa y Escandón y su Secretario. Sexto carruaje, los señores Diputados Rosendo Pineda, Antonio Pliego y



Artillería en camino de Anzures.



Un pelotón en marcha

vantaron expofeso había más de cinco mil personas invitadas, contándose entre ellas los más notables funcionarios, los miembros del Cuerpo Diplomático y muchas familias pertenecientes á las Colonias extranjeras.

Poco después de las diez de la mañana una salva de veintiun cañonazos anunció la llegada del señor General Díaz y una vez que dicho Magistrado y su comitiva tomaron asiento en la tribuna de honor, dió principio el acto oficial, durante el cual se tocaron trozos escojidos, y ocuparon la tribuna los señores General Doctor Alberto Escobar, Magistrado Manuel María Zamacona y el popular poeta Don Juan de Dios Peza.

Este último recitó una oda en la que campeaban figuras valientes y originales, y sus sonoros versos fueron interrumpidos varias veces por los aplausos del auditorio. El señor Dr. Escobar pronunció el discurso oficial y el señor Zamacona con su reconocida elocuencia hizo en su discurso las más justas y elevadas apreciaciones acerca de la batalla que se conmemoraba.

Durante la ceremonia oficial, los cuerpos se movieron de la calzada de la Reforma para entrar al polígono de Anzúres, por el segundo puente de la calzada de la Verónica.

La concurrencia pudo contemplar un hermoso espectáculo marcial.

Al frente, el General de División Don Francisco Vélez y su Estado Mayor.

La Descubierta, formada por dos escuadrones de Rurales, en alas, dejando un espacio en su centro.

de los edificios mencionados y el Portal de Mercaderes en número de diecisiete.

Varios cohetes lanzados desde las torres de Catedral, iniciaron la fiesta pirotécnica.

Los fuegos artificiales fueron construídos unos por pirotécnicos de México y otros por los de Puebla.

Entre las piezas más vistosas, recordamos un cuadro formado con luces verdes de bengala, en el centro de la cual se destacaban con luces rojas y azules, las iniciales I. Z., una torre, imitando la de un castillo de la edad media; una pieza que al desenvolverse, resultó figurar un candil, sosteniendo doce focos de colores variados; una rueda de mosaico con rehiletos de luces, destacándose sobre un fondo verde esmeralda; un cuerno de la abundancia que arrojaba ruedecillas imitando piezas de oro y luces de las más variadas combinaciones, una ancla muy bien ejecutada y formada con luces de Bengala.

Se lanzaron doce globos aerostáticos, que, por medio de una combinación, lanzaban en el espacio haces de cohetes y guirnaldas formadas con luces de Bengala.

La fiesta terminó cerca de las diez de la noche, y durante ella, estuvo tocando en el zócalo la música del 21o. Batallón.

nistros de la Guerra, de Gobernación y de Hacienda.

A los lados del carruaje presidencial camina-



La Brigada de Infantería al mando del Gral. Cueto.



La vanguardia del Cuerpo de Ejército al mando del Gral. Francisco A. Vélez.

ban á caballo los Estados Mayores del señor Presidente y del Ministro de la Guerra. Cerraba la marcha una escolta de Gendarmes del Ejército.

Al llegar al Panteón de San Fernando, donde se guardan los restos del General Zaragoza, la comitiva penetró á la necrópolis, y tanto el señor General Díaz como los principales funcionarios que lo acompañaban, depositaron hermosas coronas de flores, en el modesto monumento que estaba adornado de antemano con artísticos trofeos de guerra.

Terminada tan importante ceremonia, la comitiva se dirigió rumbo á Anzures, pasando por la Calzada de la Reforma, donde se encontraban tendidas todas las fuerzas en línea desplegada.

El cuerpo de ejército al ser revistado por el Sr. General Díaz, hizo al alto funcionario los honores que le corresponden, y en seguida se movilizó para ir á ocupar los puestos que se le habían señalado de antemano en el campo de Anzures, que afecta la forma de un polígono regular, limitado por la calzadas de la Verónica y del Molino del Rey, los terrenos donde existió el Rancho de Anzures y el Río del Consulado.

Aquel campo ofrecía un aspecto asombroso; las calzadas que á él desembocan se veían henchidas de gente desde las primeras horas de la mañana, y bien pronto se vió invadido el perímetro por una masa humana compacta á la que difícilmente podía contener una fila de dragones, á fin de evitar que penetrara al campo señalado para las operaciones militares.

En las extensas y sólidas tribunas que se le-

Después los cuerpos en columnas cerradas por Batallones y Regimientos.

El desfile comenzó á las once y cincuenta minutos.

La ceremonia terminó á las doce y cuarenta minutos. El señor Presidente se retiró, acompañado de los señores Ministros de Estado

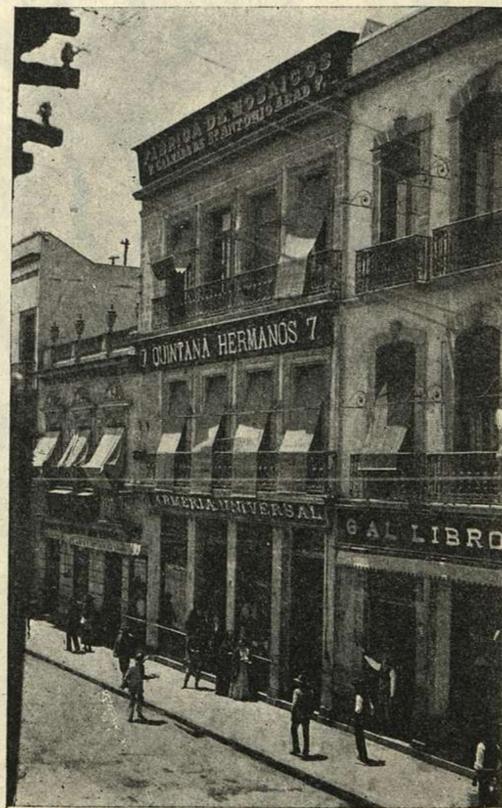


No fueron las fiestas de Anzures las únicas con que se solemnizó el glorioso aniversario, pues además de las fiestas populares que organizaron las juntas patrióticas de las ocho Demarcaciones de Policía, muchas de las fachadas de las casas estaban adornadas, lo cual daba un bonito aspecto á la ciudad, y por la noche, la multitud se dió cita en la plaza de la Constitución, donde se presenció el espectáculo de los fuegos artificiales.

Las torres de Catedral y las fachadas de los Palacios Nacional y Municipal estaban adornadas con infinidad de focos incandescentes cubiertos con bombillas de colores; el zócalo estaba también profusamente iluminado, y en el kiosko central las bandas del ejército dieron una gran serenata.

En los balcones del Palacio Nacional había una numerosa y distinguida concurrencia.

A las ocho y media en punto, apareció en uno de los balcones de la Diputación una luz verde, que era la señal para que comenzaran á quemarse los fuegos, que habían sido colocados en el frente



Fachada de la Gran Armeria de los Sros. Quintana Hermanos, establecida en la calle del Coliseo Viejo n.º 7.

EL ZENTZONTLE

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuán ternura,
Cuán melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!



Quando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.



En el ardiente estío,
Quando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.



Y en la noche callada,
Quando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.



En esas tristes horas
Tu candenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido



De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.



Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los "sinsontes" su atmósfera cruzaran
A la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.



Tus hermanos de antonce en rauda vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus verjeles,
Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares
Impregnados de amor y sentimiento,
Y el ambiente respiran de sus mares,
Y orgullosos se mecen en el viento
Que sacude sus anchos platanares.



Quando altiva otro tiempo y vencedora
La reina de Occidente,
Ornada en jaspes de vistosas plumas
Alzaba al cielo la serena frente,
Y Axayacatl valiente,
Humillando á sus pies á las naciones
Sus gloriosas conquistas extendía,
Y doquier la victoria sonreía
A la sombra feliz de sus pendones,
En la risueña margen de los lagos,
Los "sinsontes," con notas celestiales,
Del guerrero imitaban la querella,
El discorde vibrar de los timbales,
La enamorada voz de la doncella,
Y el clamor de los himnos nacionales,
Otras veces, volando en la espesura,
De la fuente imitaban los rumores,
El lamento del mirlo entre las flores,
La querellosa voz de la paloma,
De hondos suspiros llena,
Del tardo buey el trémulo bramido,

Y el hórrido silbido
Del reptil que se arrastra entre la arena.
Así cual del Anáhuac contemplando
La majestad divina
Que un sol de fuego espléndido ilumina,
Mustia y triste la Europa nos parece,
Y su antigua hermosura palidece;
Y así cuando el "sinsonte" enamorado,
Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,
Deben enmudecer los ruisiñores.



Tú, inimitable artista,
En mil revueltos giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
Siempre hallas una voz y una armonía
Para expresar tu duelo,
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.
Tienes siempre al mecerte por el viento,
Para todos los goces un acento;
A todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.
¡Cuán conmueve tu voz el alma mía!
¡Bendita la armonía
De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos.
¡Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha presión nunca suspires
Triste canción de duelo,
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
A nuestra patria mires
Bendita por la historia;
Y que repitas siempre en tus cantares
El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos platanares
Y al rumor de las olas de sus mares.

José Rosas Moreno.



La Navidad del hermano León.

En una helada noche del mes de Diciembre, el Hermano Francisco y el Hermano León subían al Convento del Verna. Una capa de nieve endurecida cubría la montaña, de tal suerte, que á cada paso resbalaban. Tan penoso era su camino que, á pesar del viento del Norte que los azotaba, de su rostro corrían gotas de sudor. Sus alforjas estaban vacías: desde las primeras horas de la mañana no habían tomado alimento alguno. De ahí que las fuerzas del Hermano León se fuesen agotando por momentos. En cuanto al Hermano Francisco, á quien una llama interior calentaba, no sentía el frío: andaba con ligereza, como si sus miembros infatigables no hubiesen sido hechos de arcilla mortal, y, según su costumbre, disertaba acerca de la vida de los bienaventurados.

—Hermano León, pequeña oveja del Señor, ¿sabes en qué consiste la bienaventuranza? Cuando un viento del Norte mil veces más cruel que el que sopla esta noche; cuando un ayuno mucho más prolongado nos agote; cuando los ladrones, por despecho de no encontrar nada de qué despojarnos, nos hayan molido á palos; cuando los porteros de nuestro convento, por no reconocernos, nos hayan despedido sin socorro durante la noche, entonces, Hermano León, comenzaremos á sospechar lo que es la bienaventuranza...

El Hermano León se detuvo para tomar aliento, y respondió con voz jadeante:

—Hermano Francisco, siento que el viento del Norte es crudelísimo, noto que nuestro ayuno se ha prolongado demasiado tiempo. Se me ha helado la sangre, no me es posible ya mover los pies adoloridos, me siento como despedazado por los agudos dientes de un animal roedor. Creo que, no se puede tener más frío, ni más hambre, ni más sed, á menos de morir. Y, con todo, no veo que me esté acercando á la bienaventuranza.

El Hermano Francisco dijo con acento melancólico:

—Hermano León, es que tu fe no es bastante firme

Y volvieron á ponerse en camino á paso lento. Mas, al cabo de pocos minutos, el Hermano Francisco insistió:

—Hermano León, ¿sabes en qué consiste la perfecta beatitud?

El Hermano León, cuya respiración producía un sonido como el de un fuelle de fragua, se detuvo apoyándose en el báculo y exclamó en tono gemebundo:

—¡Ay hermano mío, perdona la debilidad de mi fe! Pero la perfecta beatitud, en este momento, creo que consistiría en tener posada y algo de cenar.

El Hermano Francisco exhaló un suspiro y no respondió. Y en tanto que continuaban trepando la montaña cubierta de nieve, meditaba en el error de los hombres, que consideran como efectivas las necesidades de su naturaleza y se persuaden de que sufren cuando no pueden satisfacerlas, siendo así que la vida interior es lo único que importa.

—Este, decía para sí, es uno de los mejores, y, con todo, se siente exhausto de fatiga y se muestra impaciente por haber andado tan sólo doce horas sin tomar alimento.

Pero no quiso hablar más, temiendo humillar á su hermano si le manifestaba cuánto era el alborozo que comenzaba á sentir, en qué grado el frío le parecía tan dulce como una caricia, el hambre tan sabrosa como las viandas más delicadas, la sed tan refrescante como la fruta más exquisita, agradable la fatiga. Y se contentaba con murmurar para sus adentros:

“¡Bendita seas, oh Hambre! hermana mía, por que tú nos has saciado! ¡Bendita seas, oh Sed, hermana mía, porque tú no has dado de beber! ¡Y á tí también te bendigo, oh Aquilón, hermano mío, porque cantas bellos cánticos en el aire del Señor!”

En este momento aparecieron los primeros abe-

tos del espeso bosque que coronaba la cima del Verna. Doblábanse sus ramas bajo el peso de la nieve, la obscuridad de la noche se hacía cada vez más intensa. Súbitamente el Hermano León echó de ver que mientras andaban en tinieblas, se habían extraviado. Después de buscar en vano el verdadero camino, se detuvo y dijo con dulcísimo acento:

—Hermano León, creo que nos hemos extraviado. Así lo ha querido el Señor, que nos guía, para nuestro bien.

Entonces, el Hermano León exclamó:

—¡Ay, Dios mío, ya no puedo más! ¡Prefiero morir aquí!

Y se dejó caer sobre la nieve.

Pero el Hermano Francisco lo exortó, lo levantó, lo persuadió á fin de que fueran á buscar el



sendero; y, con el cuerpo encorvado, inclinada la cabeza, volvió á poner, uno delante del otro, los pies, que no debían ser ya, según pensaba, más que dos témpanos de hielo, llenos de grietas y sangui-nolentos.

Internáronse en el bosque. De cuando en cuando les caía encima un trozo de nieve endurecida. La noche se había tornado aún más lóbrega; sentíanse ruidos extraños en los árboles, algo así como el vuelo de los espíritus malignos. El Hermano Francisco observó:

—No oyes, hermano León? Tal parece que los ángeles del Cielo estuviesen cantando á nuestro alrededor.

Pero el Hermano León no respondió: ¡tan agotadas estaban sus fuerzas!

De repente, un enorme trozo de roca les obstruyó el paso.

—Tenemos que devolvemos, dijo el Hermano Francisco.

—No puedo, le respondió el Hermano León.

Apoiado en su báculo, pareció haberse quedado fijo en el suelo, como la mujer de Lot, que se convirtió en estauta de sal al huir de Sodoma.

El Hermano Francisco quiso exhortarlo todavía:

—¡Valor, hermano! le dijo. El Señor va á mos-

trarnos cuál es la ruta que debemos seguir; ¿no recuerdas que anduvo delante de los hebreos en forma de columna de humo? Si confías en él, recuperarás tus fuerzas, no sentirás ya la fatiga ni el frío, y llegaremos pronto al convento, donde hallaremos á nuestros hermanos....

Mas, mientras así hablaba, al Hermano León le flaquearon las piernas, cayó, privado del sentido, y espesos copos de nieve descendieron del Cielo, como para formarle un sudario al desvalido.

El Hermano Francisco, después de reflexionar un momento, trató de levantar el cuerpo exánime de su compañero; pero, si bien su alma estaba dotada de un temple divino, no eran sobrenaturales sus fuerzas. Convencido de su impotencia se puso á orar:

¡Señor—decía—mirad á vuestro pobre siervo! ¡Vedlo cuál yace sobre el helado suelo, en tanto que lo cubre la nieve! No obstante, él os adora con toda la pureza de su corazón; tan sólo por atestiguar vuestro poder y rendir homenaje á la Santa Pobreza, vuestra hija, ha andado durante muchos días, siendo objeto de las burlas de los transeuntes, sin otro recurso que las limosnas para alimentarse; pues que se ha hecho, por agrada-ros, semejante á las aves de los campos, que no cosechan ni siembran, pero que de vuestra bondad reciben el alimento que les es necesario. De todos los hermanos que se han reunido para ayunar, orar y predicar, él es el más ardiente y el más fiel. Por eso, Señor, os pido que lo salvéis por medio de un milagro semejante á los que hicisteis en tiempos antiguos, con tal que sea de vuestro agrado hacerlo así, puesto que es de la mayor importancia que en todas las cosas se cumpla vuestra voluntad; mas si os place llamarlo á vuestro Reino, lo lloraremos, porque lo amamos con ternura, y alabaremos vuestra bondad.”

No bien hubo acabado de elevar al Cielo su plegaria, el Hermano Francisco se inclinó sobre el cuerpo del Hermano León y notó que respiraba todavía, y aguardó. De súbito se abrieron los ojos del Hermano; púsose en pie, sonriendo con dulzura, y balbuceó:

—¡Oh, Hermano Francisco!

Y el desapacible paisaje de invierno se mudó de repente. Trocáronse los abetos en columnas de oro. Muelles alfombras, cuales las que los comerciantes venecianos traen de sus más largos viajes, ocuparon el lugar antes cubierto por la nieve. En vez del rudo aquilón, perfumes, más suaves que los arábigos, embalsamaron la atmósfera. No era ya la pendiente del Verna, refugio de lobos, asilo de

bandidos: era un palacio magnífico, semejante al del Rey Salomón. Y los dos hermanos se hallaron tendidos sobre blandos lechos; y delante de ellos se alzaba una mesa que les ofrecía viandas delicadas y riquísimos vinos, en platos de oro y en copas cinceladas. Sin duda que ningún monarca del Oriente regaló jamás á sus convidados con banquete más suntuoso. Las arpas hacían vibrar el aire con sus melodías; bellas esclavas, castamente vestidas de albas túnicas, aguardaban á recibir órdenes, inmóviles como estatuas de mármol.

Ya el Hermano León extendía la mano hacia una de las copas; pero el Hermano Francisco lo detuvo.

—Hermano mío, le dijo, no te apresures á humedecerte los labios con ese licor. Todo esto es demasiado bello! Estas flores, estas frutas, esta música, estas mujeres, estos vinos—no puedo creer que todo ello nos haya sido enviado por el Señor. No son así sus milagros habituales. Hizo llover para los hebreos un maná que no tardó en parecerles desabrido: no los colmó de todos estos bienes, cuya posesión no haría más que alejarnos de la felicidad perfecta. ¿No has oído decir que tales tentaciones asaltaron no pocas veces á los santos eremitas del desierto? Tan sólo el Espíritu del mal

puede ofrecer tantas delicias á los apetitos de nuestra carne.

En acabando de decir esto, se santiguó fervorosamente. Sin duda esperaba ver hundirse el palacio, desaparecer el salón, trocarse las viandas en nauseabundas inmundicias, las bellas esclavas en víboras. Mas la mesa permaneció en su sitio, las arpas dejaron oír sus acordes, las bellas esclavas se pusieron en movimiento y se agruparon en forma de cruz, alumbrada por un resplandor sobrenatural.

—Bien lo ves, Hermano Francisco, exclamó el Hermano León, nada hay maléfico en esto. Es únicamente la bondad del Señor que nos prodiga sus favores.

Y otra vez extendió hacia la copa de oro la mano, que nuevamente fué detenida por el Hermano Francisco.

—¡Hermano León, exclamó con acento que revelaba su tristeza, cuidado con lo que intentas hacer! Múltiples é infinitas son las astucias del Enemigo. De todo arbitrio se vale para perder á las almas. ¡Qué sabemos si esta cruz y estos cánticos no son una de sus diabólicas tretas!

El Hermano León respondió:

—¡Tengo sed!

—No importa, repuso el hermano Francisco. Dulce es sufrir de sed por amor de Dios y por alcanzar la felicidad perfecta”.

Pero el Hermano León le interrumpió diciendo:

—¡Tengo hambre!

En este instante una gran cruz luminosa se dibujó en la pared, y una mano resplandeciente escribió debajo, en letras de fuego:

“¡INFINITA Y MULTIPLE ES LA BONDAD DIVINA!”

Entonces el Hermano Francisco reconoció la mano que le había advertido á Baltasar la proximidad de su fin, y se tranquilizó su corazón. Prostrándose de hinojos, dió gracias al Altísimo, y en seguida le dijo á su compañero:

—Pues bien, Hermano León, ya que esa es la voluntad de Dios, podemos probar del festín que se nos ha ofrecido.

Sin embargo, no se dispó del todo su tristeza: pan duro, higos y agua clara, tal era el banquete que hubiera querido recibir de la misericordia divina.

Y las bellas esclavas, cuya actitud era, por lo demás, la que conviene á vírgenes perfectamente cuerdas, no traían sino platos exquisitos y refinados: peces enormes, preparados en salsas de agradabilísimo gusto; pavos asados que parecían vivos, con las plumas extendidas en forma de abanico; caza de todas especies, dorados pasteles, uvas del tamaño de nueces, y mil frutas más, procedentes de todas las partes del mundo, para ellos desconocidas.

El Hermano León comía con no poco apetito. El Hermano Francisco, excitado su paladar por las especias, no echaba ya tanto de menos el pan seco, y los higos y el agua, que poco antes había deseado tener por todo alimento. Y el vino, si bien evitaban ambos abusar de él, les reanimaba el corazón.

Así que se hubieron saciado, se durmieron apaciblemente arrullados por la celestial música de las arpas, y uno y otro soñaron que el Paraíso se había abierto para ellos.

Al despertarse, se hallaron en pie sobre el suelo cubierto de nieve del Verna, no lejos de los primeros abetos que coronan la cima.

—¡Hermano Francisco, exclamó el Hermano León, qué cosa tan bella! Sin embargo, no es un sueño lo que hemos tenido, puesto que no siento ya el aguijón del hambre, ni me abrasa la sed, y tengo los miembros tan ágiles y ligeros como después en un prolongado reposo.

Mas el Hermano Francisco permanecía en pie, apoyado en su báculo y sumido en honda meditación.

Señor, bendito seáis—decía, rebosante el corazón de gratitud—porque el Hermano León, vuestra pequeña oveja, estaba á punto de morir, y lo habéis salvado; teníamos hambre y nos disteis de comer; teníamos sed y nos disteis de beber; estábamos exhaustos de fatiga y nos proporcionásteis descanso. ¿Pero por qué, Señor, os habéis valido de medios semejantes? ¿Por qué manjares tan ricos, vinos tan generosos, aquel palacio, aquella música, aquellas esclavas? Podíais haber transportado á su celda, sobre las alas de un ángel, al pobre

Hermano, cuyas fuerzas se habían agotado; podíais haber hecho brotar, de entre la nieve, la fuente bienhechora, como en una ocasión lo hicisteis para nuestro humilde siervo; podíais más sencillamente aún, haber conducido al lado de él una cabra que á un tiempo hubiera dejado satisfechas su hambre y su sed. ¿Por qué, Señor, habernos convidado á un banquete como jamás ví ni en la época de mis locas prodigalidades.”

Por largo rato el Hermano Francisco siguió pensando así, atormentado por aquella pregunta á que no podía dar contestación satisfactoria. El Hermano León lo tiraba del hábito y le decía:

—No olvides hermano que en el convento nos aguardan para la fiesta de Navidad, que hemos de celebrar con nuestros hermanos.

—No dába, empero, muestras de oírle, y continuaba entregado á su pensamiento, seguro de

que la respuesta esperada llegaría — que se haría la luz en su espíritu. Efectivamente, acabó por oír en el fondo de sí mismo la voz misteriosa que en ocasiones le hablaba. Y esa voz le decía:

“Hermano Francisco, el Señor no creó solamente el pan, el agua y los higos: todo lo bueno, todo lo bello es también obra suya. ¿Acaso no es su sol el que dora las uvas en la vid? ¿No es la belleza de los seres un himno cantado en su alabanza? ¿Y crees que sólo el Enemigo sea capaz de producir el deleite de los sentidos? Todo lo que es bueno viene de Dios, Hermano Francisco, conviene que lo sepas. Únicamente el orgullo procede del Enemigo. Desciende á lo íntimo de tu corazón, Hermano mío, y examina si no había algún tanto de orgullo en el desprecio que hacías de las bellezas de la tierra y de las complacencias de la carne. Necesario es que comprendas que el Reino de Dios es un país rico y fecundo, y que la cordura del hombre consiste en pasearse por él libremente sin huír de la fresca sombra ni privarse de los frutos sazonados.”

Callóse la voz, y el Hermano Francisco, á su turno, le dijo al Hermano León:

—Hermano mío, es tiempo de seguir nuestro camino, porque en el convento nos esperan para celebrar el día de Navidad.

El espesor de la capa de nieve había aumentado; el aquilón soplabá con más fuerza aún que en la víspera; los abetos que coronan la cima de la montaña parecían fantasmas afligidos. Los dos Hermanos anduvieron algún tiempo en silencio, avanzando con gran trabajo, y no tardaron en volverse á sentir jadeantes y agobiados de cansancio. Por sobre sus cabezas pasó una bandada de cuervos. Empezaba á rayar el alba, desolada como si sobre ella hubiesen caído todas las tristezas de la tierra. Y el Hermano León pensó,—pero sin atreverse á expresar su pensamiento:

“¿Por qué estoy trepando esta montaña, en vez de hallarme disfrutando de las comodidades que se me ofrecieron en el bello palacio que Dios me presentó?”

Pasados unos momentos, como sintiese la necesidad de oír el sonido de su voz, le preguntó á su compañero:

—Dime, hermano Francisco, te lo ruego, ¿en qué consiste la vida bienaventurada?

El hermano Francisco respondió, exhalando un suspiro:

—En verdad, hermano León, que no lo sé.

Y después de un rato de silencio, añadió:

—Pero creo que la vida bienaventurada consiste en comprender siempre los verdaderos designios del Señor y en seguir sus consejos en todas las cosas. . . .



SIN NUBES



I

Cae la tarde. Al son de la encantada flauta de Pan, despiértase la rosa, y entre oscuros peñascos rumorosa se precipita al valle la cascada.

Arriba, dominando la escarpada garganta de la sierra, misteriosa tiende la tibia noche su radiosa túnica de albos lirios salpicada.

Vuelve el rebaño á su redil; el toro se encamina mugiendo á los corrales. . . . susurra el viento en el pinar sonoro, y arrebatada en brazos del ensueño piensa que sollozando habla á su oído la voz sentida de su dulce dueño.

II

La sombra se avecina, y por la estrecha vereda que conduce á la pendiente regresa la cuadrilla diligente de sus rudas labores satisfecha.

En alabanzas al Señor deshecha póstrase al toque de “Angelus” la gente, en tanto que el gañán con estridente grito pregona el fin de la cosecha.

Tímida y ruborosa, al prometido la novia espera en el hogar risueño. . . . hablan de amor la aves en el nido, mientras felices á bailar se entregan los grupos de sencillos labradores.

Crece la obscuridad en la espesura, se adormece el arrollo cristalino. . . . cubre la niebla fría la llanura con su blanco cendal, y el campesino á salud del patrón con ansia apura el tarro lleno de incitante vino!

III

Celebrando las bodas, los pastores en el rústico albergue se congregan y jubilosos en los patios riegan menuda grama y olorosas flores.

De la cercana selva los rumores hasta la choza suspirando llegan, y en los hondos y escuetos carrizales tañen las brisas en solemne coro el arpa de los himnos inmortales!

EDOUARD ROD.

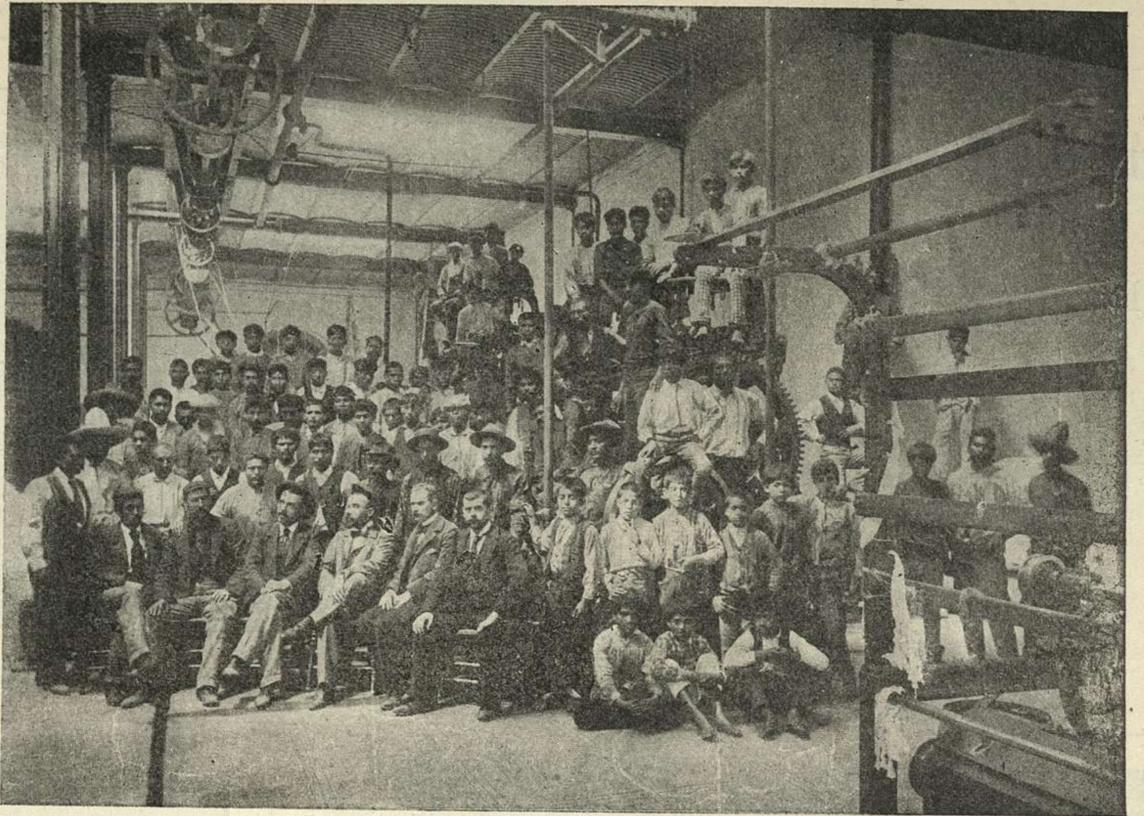
JOSE GOMEZ UGARTE.

dancia artículos de primera necesidad, son más palpables los bienes que resultan y que ya nosotros estamos disfrutando, bastando para comprenderlos establecer una comparación entre lo que valen hoy las telas, por ejemplo, que se fabrican en el país y el costo que antaño tenían las de la misma clase que nos venían del extranjero.

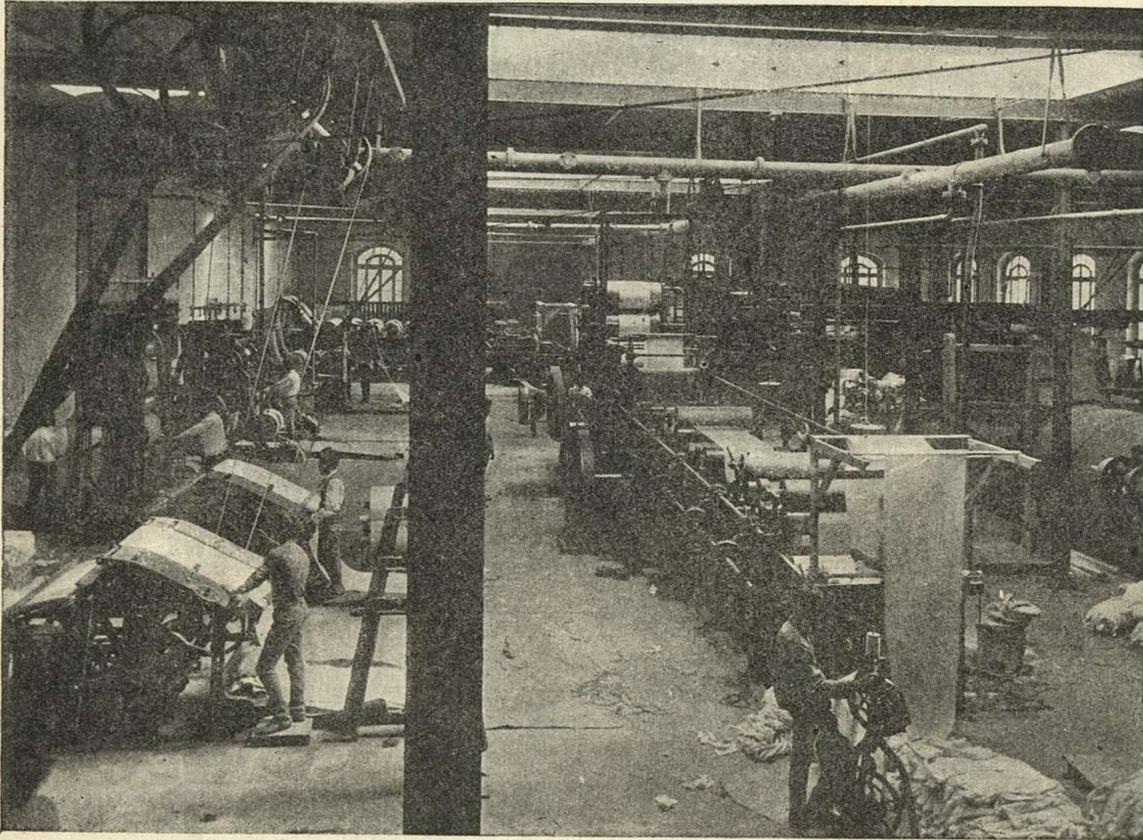
Esto desde el punto de vista económico, que en cuanto á la calidad de los artículos, como un efecto de la competencia, todos sabemos que las manufacturas se han mejorado tanto, que muchos de los artículos corren en nuestro mercado con etiquetas escritas en idioma extranjero, compiten con los que vienen del exterior, y salen, sin embargo, de las fábricas establecidas en México.

Entre estos benéficos establecimientos que determinan un adelanto y proporcionan comodidades, cuéntase indudablemente la fábrica de estampados y blanqueo "La Carolina," de la cual hemos tomado las vistas que ilustran estas líneas.

"La Carolina," propiedad de los señores Constantino Noriega y Cía., estaba antes de ahora establecida en Puebla; pero después de una catástrofe producida por la explosión de una caldera, que causó varias víctimas y casi la total destrucción de la fábrica, los propietarios, perseverantes en su empresa, pidieron máquinas nuevas y levantaron la fábrica en un extenso terreno de la 2a. calle de la Luna y Nonoaleco, que es donde actualmente se encuentra.



Sr. Constantino Noriega, empleados y operarios de la fábrica.



Enjabonadoras y dobladoras.

cia de las telas y asegurar á la vez la firmeza de los colres. Entre estos el más difícil de obtenerse con los requisitos indicados, es el color negro, y los visitantes de este género de fábricas quedan sorprendidos de los diversos colores, que antes de llegar al que se desea obtener, van tomando las telas al pasar por los distintos baños químicos á que se les sujeta.

El dibujo, no es cosa sencilla y nadie que compra un metro de percal supone el trabajo que se ha invertido en su fabricación. Para hacer el dibujo se hace uso de grandes pantógrafos y máquinas especiales que sirven para grabar la labor en pesados cilindros de cobre que colocados en las máquinas estampadoras imprimen el dibujo sobre la tela.

Los trabajos últimos son el lavado, engomado y troculado de la tela y el arreglo de ésta para presentarla bien al mostrador comercial.

"La Carolina" dirigida y administrada por hombres de capital y de reconocidas aptitudes, es un importante centro de trabajo, pues se emplean diariamente de 150 á 200 operarios, y en cuanto á su producción ya abundante al presente, aumentará seguramente muy en breve, pues los propietarios esperan en estos días la llegada de nuevas máquinas que se colocarán en otros departamentos del edificio que es tan espacioso que atraviesa sus patios el ferrocarril Mexicano.



En la visita que hicimos al establecimiento, pudimos valorizar cuánta es la importancia de esta fábrica, lo complejo de las labores que en ella se realizan y el buen número de operarios que allí trabajan.

La maquinaria es toda moderna, y amplios los departamentos que por otra parte son numerosos: oficinas de la Administración, almacenes donde se guarda la mercancía, tintorería, grabado, estampado, enjabonadura, engomado, tórculos y otros muchos.

Tal vez algunos de nuestros lectores no conozcan el procedimiento que se sigue en esta fabricación y vamos á indicarlo en breves palabras: la fábrica de hilados y tejidos se encarga de separar el algodón, despepitarlo, laminarlo y torcer el hilo que en este estado pasa á los telares, donde se confecciona la tela. Esta va después á "La Carolina," y sufre allí una metamorfosis completa con los grabados, tinte y aderezo que se le da allí.

Las maniobras del tinte son de lo más delicado, por la multitud de substancias que entran en la combinación de los colores y el cuidado que necesitan los químicos encargados de esta labor para no emplear substancias que perjudiquen la consisten-



Parte de los almacenes.

